

El Polígono de la Victoria, en Madrid. Arquitecto: José L. Romany.

La vivienda: Ideas sobre el problema

Vicente Morte. Director del Instituto Nacional de la Vivienda

Voy a empezar con el saludo de ritual, aunque en este caso concreto, por la entrañable amistad que me une con los excelentísimos e ilustrísimos señores que se encuentran presentes les voy a llamar a todos queridos amigos:

Ha dicho Miguel Angel García-Lomas que me tenéis que agradecer mi presencia; yo tengo que deciros que más bien soy yo el que he de agradeceros vuestra asistencia, porque realmente creo que vengo más a aprender que a deciros cosas. Pero en todo caso, no cabe duda de que alguna idea puedo tener yo y bastantes más tenéis vosotros, y a este intercambio de ideas, que yo juzgo fundamental, es a lo que he venido y por lo que os agradezco de nuevo vuestra asistencia. Ya sabéis esa expresión de los americanos que dice que si uno tiene un dólar y otro tiene otro dólar y se lo cambian, sigue con un dólar cada uno; pero si uno tiene una idea y otro tiene otra idea y se las intercambian, a continuación tiene dos ideas cada uno. Y a este intercambio de ideas es fundamentalmente a lo que he venido aquí.

Es evidente que vosotros conocéis el tema como lo demuestra un documento que quiero citar porque lo considero fundamental, no sólo en el estudio del problema de la vivienda, sino para la historia de la vivienda en España; es precisamente el Tema II de la Sexta Asam-

blea Nacional de Arquitectos. Creo que aquello fué de una visión tan clara y sobre todo de una profecía tan exacta del porvenir, que realmente hoy ya se ha convertido en realidad, y no han pasado más que seis años. Entonces, con cierto rubor se hablaba del órgano gestor de la vivienda y hoy en día tenemos un Ministerio de la Vivienda; es decir, que leyendo aquello, prácticamente y de seguro, obtendríais más resultado que oyéndome; pero como en algunas ocasiones me referiré a ello, yo creo que podremos sacar consecuencias provechosas.

Ha dicho Miguel Angel García-Lomas al presentarme—al que todavía no he dado las gracias por los elogios dispensados—que soy ingeniero de Caminos y Director General de la Vivienda; en efecto, en la tarjeta de invitación también pone lo mismo: Director General de la Vivienda e ingeniero de Caminos; y ésta es, en estos momentos, mi doble personalidad: la primera, si queréis, es temporal, porque realmente los cargos públicos son temporales, pero me da una cierta condición de hombre político, con la misión fundamental de promover los esfuerzos de todos para resolver este problema tan magnífico.

Y lo segundo, lo de ingeniero de Caminos, realmente es, como sabéis, mi profesión, de una formación muy parecida a la vuestra; quiero decir con esto que

nos entenderemos muy bien en todo lo que vaya diciendo, porque, afortunadamente, hablamos el mismo idioma.

Estoy un poco apurado, en efecto, por todas las razones que os he dicho anteriormente y me encuentro con la sensación, como nos ha pasado a todos en nuestra época de estudiantes, de estar sentado en un banquillo, mejor dicho, en una de aquellas banquetas delante de un tablero cuando nos examinábamos en la Escuela, pero con la ventaja de que aquí tengo apuntes y esto simplifica en parte el problema.

Y es precisamente este recuerdo de los exámenes el que trae a mi memoria el orden de exposición que entonces seguíamos, y que es al que en cierto modo voy a ajustarme en esta charla: tenemos un problema y ese problema tiene un enunciado, una serie de datos y una solución. Vamos a ver si primero nos ponemos de acuerdo en el enunciado, y después seguiremos señalando los distintos datos para llegar, finalmente, a la solución.

Desde luego, hace falta valor para decir que al final vamos a llegar a la solución, pero creo que si pensamos, por una parte, en que yo no me voy a referir a cosas muy generales, sino a temas muy concretos, y, por otra, en que estamos realmente un poco en plan de charla entre amigos, en la que yo voy a hablarles a mis amigos los arquitectos, creo que, por lo menos, sí que podremos concretar algunos puntos importantes que nos animarán a ver con optimismo la solución del problema.

El enunciado es muy sencillo: ya lo dijo Franco hace veinte años y lo ha repetido Arrese en Barcelona últimamente: "Ni un español sin pan ni una familia sin hogar."

Nuestro problema es éste: dotar a todas y cada una de las familias españolas del hogar justo que les permita alabar a Dios por su misericordia y al prójimo por su justicia. Hablo del hogar justo porque considero que es importante.

Creo que hace falta nos pongamos de acuerdo en lo relativo al hogar justo y a que el hogar es algo que está destinado a la familia y no al revés. Sobre este punto, estimo que hemos de pronunciarlos con claridad, sin que lo impida el hecho de que yo esté sentado en este plano más alto, que creo no tiene otra ventaja ni otra justificación que la de que se me escuche mejor. Si lo hacemos así, será forzoso reconocer que por olvidar esta faceta de que la vivienda está destinada a la familia, ya se empiezan a cometer desaciertos y en muchas ocasiones la vivienda es una cosa que tiene un carácter industrial; en otras, tiene el carácter de lucimiento personal del autor del proyecto, o del promotor, y así hoy en día tenemos viviendas que no se utilizan, viviendas que son excesivas y grupos de vivien-

das, podemos decirlo, que están construídos en zonas donde realmente no hacía falta. Es fundamental, pues, que nos pongamos de acuerdo sobre esto: que la vivienda está destinada a la familia.

Después del enunciado vamos a ver si empezamos con los datos. Hay muchos datos y hay muchas variables; por eso el problema es complejo. Entran en juego muchos factores, pero yo creo que precisamente de que conozcamos estos factores, y de que los adecuemos en forma, subordinándolos unos a los otros y penetrándonos todos los que intervenimos, depende el que podemos encontrar la solución.

Para ello hace falta, desde luego, y muy fundamentalmente, abnegación: saber sacrificar por parte de todos un poquito de nuestro lucimiento, para que el éxito sea de todos, porque es muy difícil que el éxito sea, ni de uno sólo, ni de un grupo, ni de una especialidad; tiene que ser de todos fundamentalmente. Yo estoy convencido de que si llegamos a la conclusión de que el esfuerzo que requiere la solución del problema de la vivienda es un esfuerzo conjuntado, de unidad, la victoria nos ha de sonreír.

Y vamos a empezar ahora, como decía, con los datos. Los más inmediatos y los que saltan a la vista, primero, son los datos estadísticos. Ya sabéis vosotros que, desgraciadamente, las estadísticas de que disponemos no son absolutamente exactas, pero, en fin, las que yo traigo aquí, por algunas comprobaciones que hemos podido hacer, creo que son bastante aproximadas a la realidad.

Ultimamente hemos hecho, a través de las Delegaciones Provinciales del Ministerio de la Vivienda, una estadística sobre el déficit, al 31 de diciembre de 1957, de viviendas en toda España.

La cifra a que llegamos es realmente escalofriante: son un millón doscientas cincuenta mil. Vosotros recordaréis que precisamente en ese estudio de vuestro último Congreso de Arquitectos, al que antes me referí, se cifraba el déficit, en 31 de diciembre del 51, en ochocientos mil; es decir, que ha crecido. También entonces se hacía un poco la salvedad que yo acabo de hacer, y tal vez había menos posibilidades de conocer la realidad que tenemos hoy. Entonces se hablaba de ochocientos y hoy de un millón doscientas cincuenta, es decir, que nuestro déficit ha crecido en cuatrocientas cincuenta; pero no tiene nada de particular este aumento, incluso yo creo que es razonable, porque entonces ya se establecía que hacía falta un plan provisional de setenta mil viviendas anuales, y como ese plan, en media, no se ha conseguido en los últimos seis años, no me extraña que el déficit haya aumentado bastante, precisamente, porque no se ha producido lo suficiente para contenerlo o dejarlo limitado a su situación de entonces; pero, además, estos cinco años úl-

timos o seis, como sabéis muy bien, han sido años de unas corrientes migratorias fenomenales; hay ciudades —ahí tenéis Avilés, por ejemplo— de las que prácticamente no se hablaba en el 51, y el incremento de habitantes que han experimentado de entonces a ahora, aumenta, claro está, nuestro déficit.

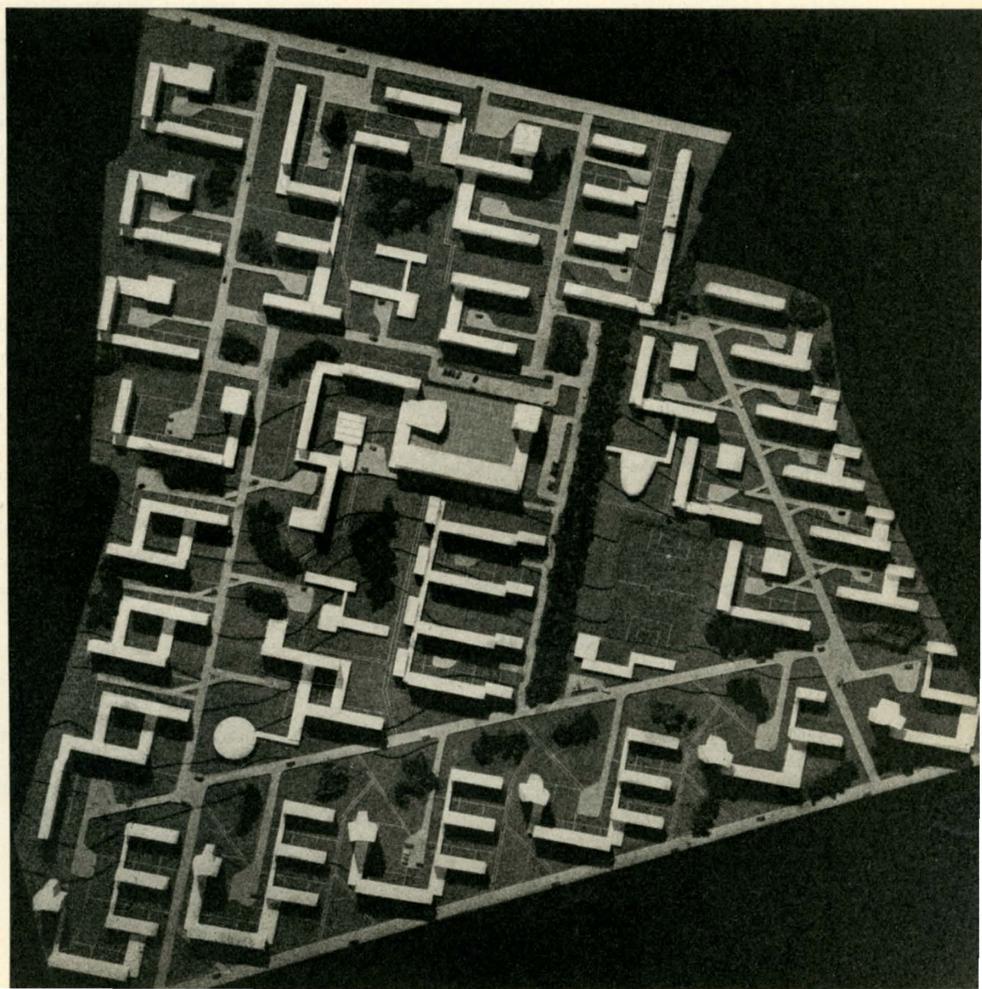
El crecimiento vegetativo español, parece que las últimas tendencias lo cifran en el 8 por 1.000 anual; por tanto, sobre la base de 29 millones de habitantes podemos pensar que tenemos doscientos treinta y dos mil españoles más cada año, que representa, por el índice familiar de cuatro que es el español, la bonita cantidad de cincuenta y ocho mil viviendas que necesitamos todos los años. Pero, además, si estimamos—y esta estimación ya es un poco menos exacta, pero deducida en parte del índice actual, o, mejor dicho, de la población actual y de los otros datos que acabo de citar—que el número de viviendas existentes actualmente en España

es del orden de los seis millones, y les damos una vida media de ciento cincuenta años, llegamos a la conclusión de que necesitamos construir, para reponer, cuarenta mil viviendas más por año; ya llevamos cincuenta y ocho más cuarenta; pero, además, si pensamos en las reformas interiores y pensamos en los movimientos migratorios, no cabe duda de que ya la cifra engorda mucho, aun cuando yo no sé exactamente lo que pueden representar los movimientos migratorios y las reformas interiores de población.

Pero, en fin, de todas formas lo que es evidente es que, por lo menos, para atender a esta necesidad del crecimiento vegetativo y del envejecimiento la cifra ronda las cien mil viviendas anuales.

Y si luego queremos absorber el déficit que tenemos, vamos a decir en una generación, llegamos a la conclusión de que hay que sumarle cuarenta mil viviendas más por año, por lo cual llegamos a la cifra de

*Núcleo Residencial en Carabanchel Alto.
Arquitectos: A. Perpiñá y A. Marsá.*



ciento cuarenta mil viviendas anuales necesarias. No es absolutamente exacta, ni su deducción tampoco, porque, claro, teníamos que ir acumulando cada año el número de viviendas que hacemos para sumar al envejecimiento, y, por otro lado, el número de españoles que aumentan para que el crecimiento del 8 por 1.000 fuera acumulativo también; pero, en fin, hay que pensar que, por lo menos, hemos de partir de esa cifra de las ciento cuarenta mil.

Como sabéis—y tampoco esta cifra es muy exacta, pero es aproximada—, el número de obreros españoles de la construcción se estima en ochocientos cincuenta mil. La producción de acero en redondos, en 1957, ha sido de unas doscientas veinte mil toneladas, contando todo, hasta diámetros de 50. La de cemento, en el mismo período, ha sido de cuatro millones seiscientos mil toneladas métricas. Aquí, con estos datos, termina un poco la estadística.

Los economistas cifran en cincuenta y cinco mil millones de pesetas la inversión total española durante el año pasado, y el máximo porcentaje destinado a vivienda en otros países europeos, concretamente en Alemania, ha sido del 25 por 100.

A los economistas corresponde decirnos qué parte de los ingresos de una familia media española se pueden destinar a vivienda, cubiertas las necesidades primarias de alimentación y vestido, y qué evolución es previsible en estos ingresos y en su poder adquisitivo. Hoy en día se cifran en todo el mundo porcentajes del orden del 10, del 12, del 15, hasta del 20; depende, naturalmente, del clima y de la situación económica del país de las aportaciones, o la parte de los ingresos mensuales que debe destinar una familia a la vivienda. Sabemos que depende también de muchos factores el fijar un coeficiente absoluto, entre ellos, de lo que ingrese y de lo que necesite para cubrir sus primeras necesidades, porque si primero no come y si no se viste, es evidente que no podemos decir, *a priori*, cuál ha de ser el coeficiente; tampoco sabemos aun cuándo preveemos que ha de mejorar, cuál ha de ser la evolución de los ingresos de los obreros españoles y sobre todo de su poder adquisitivo, que es lo que más cuenta. Esta es una labor, a mi entender, muy clara de los economistas.

Los financieros tienen que ver también en nuestro problema, y los hombres de empresa, para que nos vayan señalando los caminos que hemos de seguir para aportar el máximo ahorro a nuestro campo y hacerlo rendir en óptimas condiciones; es decir, que necesitamos que poco a poco vayamos adquiriendo conciencia de cuál es la mejor manera de conseguir: 1.º Que la gente nos traiga el mayor dinero posible, mediante todo género de inversiones, el ahorro pequeño y el aho-

rrro grande; y 2.º De qué forma hemos de hacer atractiva esta aportación de dinero hacia la vivienda.

Ahora bien: hasta ahora hemos hablado de dinero, de mano de obra y de materiales, y con esto sólo no se construyen viviendas, como es natural; es preciso que exista una técnica que ordene estos medios para el fin que nos proponemos y muy especialmente, y muy preciso, que exista un arte que sea capaz de darles forma, creando el estilo que sea para los que vienen detrás de nosotros, como la herencia que les dejemos y la presencia de una generación a la que nos ha tocado en España pasar lo difícil, para que los que vengan detrás vivan mejor que nosotros.

Hemos hablado de que el problema nuestro está en construir ciento cuarenta mil viviendas, pero inmediatamente hemos de pensar también en dónde hemos de construir esas viviendas; y ese donde ya va siendo problema. Necesitamos un plan de urbanismo nacional por el cual está luchando el Ministerio y la Dirección General de Urbanismo, basado en las realidades geopolíticas de hoy y de mañana. Nuestra industria evoluciona, la mecanización de la agricultura se va produciendo, hay importantísimas obras de colonización, de repoblación forestal, las comunicaciones mejoran también, se realizan grandes obras hidráulicas, hay grandes complejos industriales, todo esto son ya hechos y son promesas para mañana; falta que nosotros no vayamos detrás con la vivienda, que lleguemos al tiempo; porque en muchos casos, llegando después, o se quedan nuestras viviendas vacías o, por el contrario, se producen esos fenómenos de hacinamiento que realmente quitan al hecho de nuestra industrialización todo lo que tiene de agradable y casi diríamos de sentido victorioso al crearnos ese problema fabuloso de la vivienda que mata, estoy seguro, el 90 por 100 de la alegría. Necesitamos esto, por tanto: un poco la geografía de nuestro plan de la vivienda.

Y precisamente porque, como decíamos antes, la vivienda es para la familia y la familia es el principio fundamental de nuestra sociedad, necesitamos también que en nuestro problema vengan a colaborar los sociólogos.

Necesitamos ir con conocimiento, no intuyendo, con una ciencia que se llama sociología, cuál es la formación ideal de nuestros barrios, cómo hemos de agrupar a las distintas gentes, si por niveles económicos o por niveles de formación; si en una misma casa es conveniente que viva gente de distinto nivel económico o no; cuáles son los servicios complementarios que realmente necesita; qué tipos de esparcimientos requiere hoy la evolución de la vida moderna; qué volumen ha de tener una iglesia en relación con el número de la gente que habitualmente acude a ella; en fin, en todo esto se ha adelantado bastante, no cabe duda, pero yo

estoy convencido de que ya es una ciencia tan específica, que requiere que también vengan a colaborar con nosotros para tratar de estos datos sociológicos los sociólogos.

Pero no se nos acaba de plantear ahora el problema de la vivienda. Este problema viene de antiguo y, por tanto, tiene raíces históricas y jurídicas que lo condicionan muy precisamente y sin cuyo conocimiento y previsión es muy difícil que podamos hacer nada positivo.

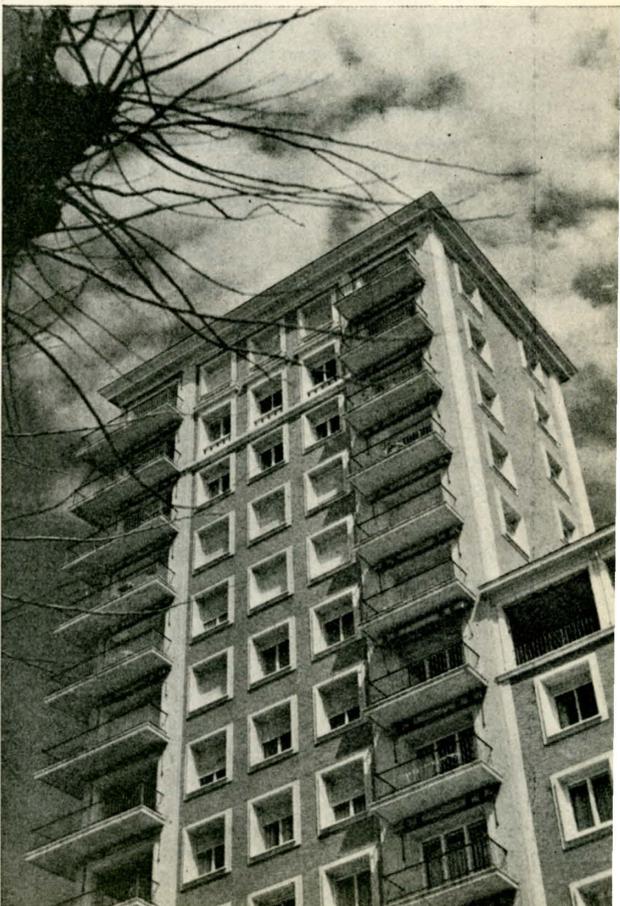
Es evidente que existen leyes que regulan las relaciones entre los inquilinos y los propietarios; es preciso que existan las que regulen la copropiedad horizontal; tenemos problemas de inscripción de las fincas en el Registro de la Propiedad; problemas de expropiación forzosa; es decir, un sinfín de problemas por los que los juristas también están llamados a unir su esfuerzo al de todos nosotros.

Y, por tanto, si queremos que exista paz social, la libertad y la grandeza de nuestra patria, es evidente que, según hemos visto, el economista y el financiero, el geógrafo, el ingeniero, el arquitecto, el sociólogo, el historiador y el jurista deben todos subordinar sus ideas, sus estudios y sus obras a un mismo ideal que sea el común denominador de todas las ilusiones que ponemos en la materia cuantos en ella intervenimos, porque si no tenemos unidad, es muy difícil que ganemos la batalla que hemos emprendido.

He hecho una breve y ligera exposición de los datos que yo juzgo han de tenerse muy presentes para la resolución de nuestro problema. De ellos, yo creo que podemos deducir que es un problema de todos; que existen una serie de especialidades que intervienen en él y que, en cambio, el camino que ha de seguirse para resolverlo es siempre el mismo, el camino del esfuerzo, de la decisión y de la entrega de todos al ideal, que merece la pena.

Como recordaréis los que asististeis a ella—yo lo sentí muchísimo, pero en aquel momento estaba fuera de Madrid—, el que me precedió en esta mesa, el ilustre arquitecto don César Cort, empezó su conferencia diciendo: "Los arquitectos tenemos la obligación de resolver el problema de la vivienda." Estoy convencido de que es una de las obligaciones fundamentales de los arquitectos y que los arquitectos tienen una gran parte de la solución del problema en sus manos. Pero es fundamental también que los arquitectos se den cuenta de que no todo el problema de la vivienda está en sus manos; son tal vez la pieza más importante en su resolución, pero que para ello necesitan sacar el máximo partido a todas las otras especialidades que, de una manera bastante rápida, he ido citando.

No cabe duda de que hemos empezado por cifras que son un poco aterradoras; hemos visto que tenemos una



absoluta necesidad de construir al año ciento cuarenta mil viviendas. Si las valoramos al precio medio de 150.000 pesetas—cifra que no parece demasiado exagerada—llegamos a una inversión total de veintiún mil millones de pesetas, es decir, el 38 por 100 de la inversión total española del año pasado. Estas cifras en que nos movemos son, como es lógico, las que nos han dado. No sé si la inversión total habrá sido cincuenta y cinco mil millones o no, esto es lo que dice el Banco de España; pero, en fin, si es así, no cabe duda de que el porcentaje que resulta de un 38 por 100 es muy alto.

Si estimamos en 500 kilogramos de hierro lo que se necesita por vivienda, llegamos entonces a un consumo de 70.000 toneladas; esto representa el 33 por 100 de la producción total en redondos, y casi el 70 por 100 de la producción de los redondos que habitualmente se emplean en construcción. Si pensamos en el cemento, el millón cuatrocientas mil toneladas métricas que necesitamos representa el 30,5 por 100 de la producción total, y en madera, contando con 1 1/2 metros cúbicos por vivienda, llegamos a consumir 210.000 metros cúbicos, que es un poco más del 50 por 100 de la producción también total, sin olvidar el importantísimo factor de la mano de obra, cuya escasez hemos sentido muy recientemente en Madrid y que hoy día se está haciendo notar en bastantes provincias españolas.

Y creo, además, que los índices de consumo que hemos empleado son bastante modestos, pues, en efecto, el mismo precio de 150.000 pesetas de media por vivienda, no parece muy alto en las circunstancias actuales, y comparados con los demás países europeos en consumos unitarios, son francamente bajos.

Entonces nos encontraremos con que ¿hay solución o no hay solución al problema? Porque parece que, desde un punto de vista puramente económico, nos encontramos un poco en un callejón sin salida.

Pues yo estoy convencido de que sí hay solución y de que, por tanto, hemos de mirar el porvenir con optimismo.

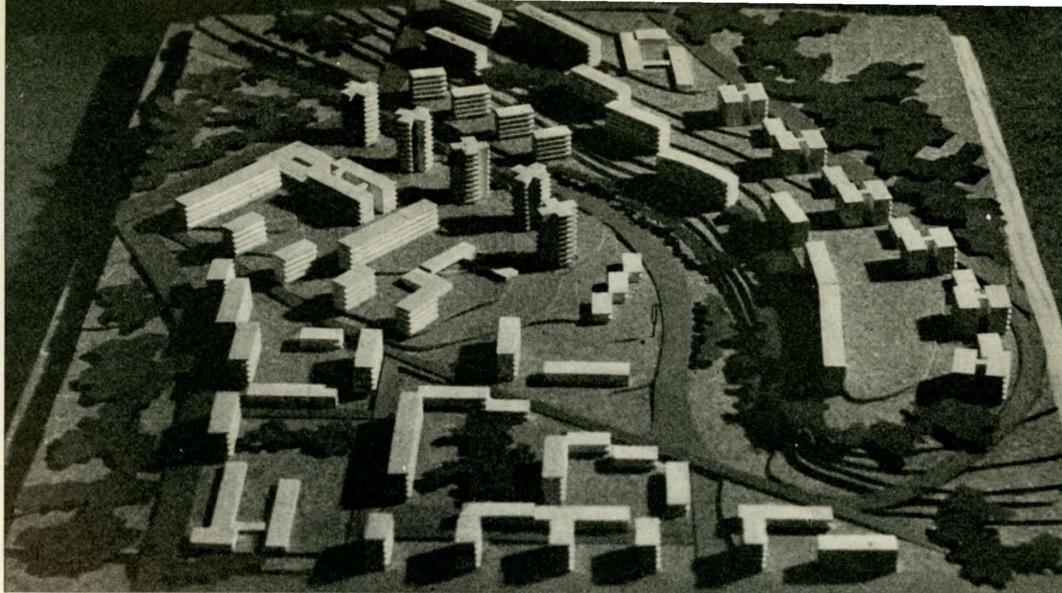
En aquel estudio que he citado varias veces se habla de hacer 70.000 viviendas por año, y esto parecía un sueño de los que apuntaban a ello en el año 1952. El pasado año hemos terminado más de 90.000 viviendas, de verdad. O sea que hemos superado ya las 70.000 de que se hablaba.

En aquel mismo año, mejor dicho, en el año anterior, en el 51, se habían producido dos millones cien mil toneladas de cemento y este año pasado hemos producido cuatro millones seiscientos mil. Es decir, que podemos pensar que la economía española se ha de desarrollar y de seguro se desarrollará con la suficiente potencia para hacer frente a las necesidades que tenemos.

La renta nacional tiene que seguir aumentando como está ocurriendo, y, además, en un porcentaje que se encuentre entre los más elevados de Europa. Por otro lado, la capacidad de ahorro de nuestras gentes, como consecuencia de este aumento de la renta, tiene que aumentar también. Yo creo, por tanto, que el momento en que nos encontramos es de franco optimismo, y que si lo aprovechamos hoy, con el esfuerzo que requiere por parte nuestra, el problema tiene una verdadera solución, pero no podemos quedarnos tampoco ni en la visión pesimista que puedan darnos unas cifras frías de producción y necesidades, ni en la visión optimista a que pueda conducirnos la consideración de lo que hemos mejorado en poco tiempo.

Hoy tenemos una realidad, y esa realidad es la que se nos ha dado a nosotros, que no sabemos si viviremos mañana o no viviremos: esto es lo que concretamente tenemos que aprovechar. Por eso si hemos de ser optimistas en el resultado, la única manera de conseguirlo es ser pesimista en los medios. Hemos de empezar, y estamos haciéndolo, no cabe duda, aprovechando al máximo todo lo que cae en nuestras manos. Por eso yo creo que la labor fundamental que los arquitectos tienen en esta materia y en la solución del problema de la vivienda es centrar su actuación en la economía de dinero, economía de suelo, economía de materiales y belleza. Lo más elemental para todas estas cosas, simultáneamente, excepto para la belleza, no cabe duda que es la economía de superficie. Hoy en día tenemos una superficie media en la vivienda española, excesiva. De esto estamos todos convencidos. Este exceso, que no se justifica por nuestra composición familiar, ya que el número de familias españolas con más de seis hijos me parece que es del orden del 8 por 100, y el índice medio de 4, por lo que, desgraciadamente, no es cierto que sean tantas las familias numerosas, se justifica muchísimo menos con nuestras posibilidades económicas.

Luego, además, tenemos que acomodar el coste de la vivienda en lo más posible a las posibilidades adquisitivas de nuestras gentes más modestas. Y es evidente que eso sólo lo conseguiremos mediante el más elemental de los abaratamientos, que es el de la vivienda pequeña; pero es que, además, en nuestras clases medias y altas ya hace falta también que las viviendas sean más pequeñas. Gracias a Dios, el nivel industrial español y el nivel de vida se está elevando lo suficiente para que desaparezca el servicio, que va a ser muy pronto un lujo, y éste es un factor de progreso que, no cabe duda, viene a ayudarnos, porque yo estoy convencido que muchísimas viviendas de las que se están construyendo actualmente, dentro de unos años van a ser un poco como los castillos de los lores ingleses, para enseñarlos, pero no para vivirlos, porque será im-



Polígono Rubí, en Tarrasa. Arquitectos: L. Iglesias, P. Mongio, J. Pratmarsó y F. Vayreda.

posible conservarlas adecuadamente con las posibilidades económicas de la familia española aun en las clases altas, porque en cualquiera de los países que hemos recorrido por ahí nos hemos dado cuenta de que ya las clases altas no tienen servicio, sino que tienen más bien el trabajo por horas, y, por tanto, se busca que las viviendas cumplan las condiciones elementales y necesarias para que sean agradables, cómodas, pero al mismo tiempo las estrictamente indispensables.

Ahora que hablaba de este aspecto elemental de la superficie pequeña de la vivienda, yo pensaba un poco en qué programa había que realizar, pero realmente ese programa lo definieron ustedes muy bien en ese estudio a que me he referido tantas veces y que voy a leer ahora, porque supongo que con el tiempo las cosas acaban olvidándose un poco.

Dice allí sobre el estudio de los proyectos: "También el arquitecto, con un estudio minucioso y profundo del proyecto y una efectiva, atenta y cuidada dirección de la obra, puede y debe lograr, al mismo tiempo que realiza su función profesional, ser un agente efectivo de la reducción del coste de las viviendas de este Plan, hasta alcanzar en lo que a su función compete el mínimo hoy posible. Para ello debe estudiar, proponer y ordenar el empleo de los materiales, la ejecución de las estructuras y los procedimientos constructivos más eficaces, adecuados y económicos dentro de los corrientes en cada localidad. Debe estudiar y aquilatar las superficies y alturas de las diversas dependencias de las viviendas, adaptando estas medidas a múltiplos de las dimensiones de los diversos materiales corrientes en la construcción, para lograr en lo posible el corte de ellos,

logrando el ahorro consiguiente en materiales, mano de obra y transporte. Debe conseguir que las plantas tengan el mínimo de pasillo y espacios perdidos, tendrá estudiado a fondo y antes de iniciar la construcción el proyecto total y todos sus detalles, en forma tal, que no se necesite introducir modificaciones en el curso de la obra. Agrupará las instalaciones varias de las viviendas, cocinas y servicios sanitarios, en la forma más conveniente para lograr el máximo ahorro de materiales, subidas de humos y tuberías diversas de plomo y hierro, disponiéndolo previamente y ordenando que en el momento de construirlas se dejen los taladros y rozas para el paso de las diferentes tuberías. Reducirá al mínimo adecuado las dimensiones de puertas y ventanas, uniformándolas en lo posible. Debe huir de los detalles decorativos que sean superfluos, estudiará a fondo, facilitará a tiempo y debidamente acotados todos los detalles constructivos que la obra requiera. Cuidará que las mediciones y certificaciones de obra se hagan a su debido tiempo; procurará que se paguen lo antes posible, y siempre dentro de los plazos estipulados, las certificaciones ya despachadas y aprobadas."

Aquí hay un programa magnífico. Yo creo que—como esto no lo he hecho yo, lo puedo elogiar—están recogidos, fundamentalmente, muchos de los aspectos en que tiene el arquitecto una decisiva intervención. En las circunstancias actuales, cuando hemos hablado de la magnitud del problema, creo que es un poco deber de conciencia situarnos ante la realidad. No cabe duda de que una vivienda de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados es una cosa que le puede placere a un cliente; ahora, es necesario que el arquitecto, que no

cabe duda que tiene una ocasión de lucimiento, porque la superficie va acompañada de un coste por metro cuadrado que el cliente está dispuesto a gastar, tenga conciencia de que, por lo menos, aquello es un lujo superfluo en las circunstancias actuales; que de 400 metros cuadrados salen cuatro viviendas de 100 muy buenas, y que por ahí, orientando al cliente, se puede conseguir algo. Por lo menos, debe intentarlo.

Es evidente que si por falta de que un proyecto esté definido hay que perder nada más que diez minutos de mano de obra, debe repararse en que no tenemos mano de obra para tirar, ni tampoco dinero. A este respecto, es necesario evitar que puedan producirse casos como el siguiente, del que he tenido conocimiento en un viaje efectuado la semana pasada:

La rasante que se había fijado era del orden de 60 a 70 cms. más alta que el nivel del terreno, y entonces dije: "Aquí van a tener que hacer bastante relleno." Me contestaron: "No; con los escombros habrá bastante." Claro, es una pena que una construcción nueva dé tanta cantidad de escombros.

No cabe duda que al momento de calcular es mucho más agradable quedarse del lado de la tranquilidad y decir: Salen cuatro redondos del 12, vamos a ponerlos del 14 y así estamos más tranquilos. Pero es que ese hierro sí que no sirve para nada. Es decir, que hace falta que tengamos esta conciencia plena, de que un gramo de hierro que perdamos, un gramo de cemento, diez minutos de un obrero, son fundamentales para que consigamos salir en las circunstancias actuales de la situación en que nos encontramos.

Para ello creo que tenemos un camino muy claro: Que cada uno en el sitio donde está cumpla con su obligación sacando todo el rendimiento que pueda. Recuerdo un refrán de los americanos que me contaron en la Escuela y que es de mucha aplicación en este caso. Dice: "Ingeniero es el que hace por 10 centavos lo que un tonto hace por un dólar." Aquí yo lo aplico en el sentido de que "arquitecto es el que hace por 10 centavos lo que un tonto hace por un dólar". Hacer las cosas con mucho dinero es fácil; lo difícil, lo bueno, lo interesante, lo que merece la pena es hacerlas con poco dinero, con dificultades, y así es como estamos. Yo creo que todos tenemos que dar gracias a Dios de que nos encontremos en este momento de la vida española en que es difícil vivir, porque si no no tendría gracia ninguna. Si tuviéramos todo el hierro que hace falta, todo el cemento, todo el dinero, todo, ¿para qué estábamos nosotros? Para nada.

Y me da la impresión de que si centramos el problema, si los arquitectos piensan en el problema de los arquitectos; los juristas, en el problema de los juristas; los sociólogos, en el problema de los sociólogos; los financieros, en el problema de los financieros; los

economistas, en su problema; y todos sumamos el esfuerzo conjunto, salimos adelante y llegamos al final. Lo que no debe suceder es que alguno de los que estamos en uno de los campos, en una de las facetas del problema, digamos: "¿Para que me voy a meter en esto si existe, por ejemplo, la ley de Arrendamientos, que previene a la gente que va a meter dinero en viviendas?" A quien así se manifestara, habría que contestarle: "Pero oiga, si usted no es abogado. La ley de Arrendamientos Urbanos es un asunto que tienen que resolver los juristas." De la misma manera, es un asunto de los juristas los problemas que presenta la propiedad horizontal. Igualmente, a la observación de que lo que gana un obrero en España es poco, habría que responder que esto es un asunto de los economistas.

Lo fundamental es que uno, en la faceta que le toca, cumpla con la obligación que tiene. Y si un señor quiere con poco dinero proyectar una vivienda y hacerla con pocos materiales, será tanto mejor cuanto mejor la haga y cuanto más se convenza de que su función fundamental es ésa.

Yo recuerdo, en mi experiencia anterior de director de empresa, que a veces nos reuníamos unos cuantos directores para tratar de los problemas que se nos planteaban y de todas estas cosas hoy en día tan en boga referentes a productividad y demás. Y siempre había las mismas reacciones. "¿Cómo vamos a hablar de productividad, decía un buen señor, si no podemos despedir a los obreros? ¿Para qué? No nos molestamos." Ese mismo señor, que tenía el problema de despedir a tres obreros, por el otro lado estaba admitiendo a quince. Y ¿por qué? Precisamente yo creo que la categoría de las personas está en coger todos los factores que se oponen a lo que uno quiere hacer y, de opuestos, convertirlos en positivos, y por eso hay gente que triunfa en la vida y gente que se hunde. El que triunfa ¿quién es? Existen los mismos elementos exteriores para todos, no cabe duda, pero unos triunfan y otros fracasan. El hombre que triunfa es el que coge esta serie de factores que concurren y los ordena, los hace marchar en el sentido que él quiere, y esto es lo que creo yo que debemos hacer nosotros: centrarnos concretamente en nuestro problema y ante todas las dificultades exteriores, tanto mejor. ¿Que tenemos problema de dinero? Pues ya nos arreglaremos con menos dinero. ¿Que tenemos problema de hierro? Vamos a ver si economizamos hierro. ¿Que tenemos problema de cemento? Vamos a ver si economizamos cemento.

De esta forma, estoy seguro de que los arquitectos españoles servirán extraordinariamente y tendrán la mejor parte en la resolución del problema. Tan seguro estoy, que precisamente por basarse en ellos el mayor porcentaje de éxito estoy convencido de que lo alcanzamos. Y nada más, muchas gracias.